

La crisis de los noventa: nada viene de la nada

J. A. MARTÍN — PEREDA

La lectura de las noticias de cualquier periódico se asemeja en estos días a una aventura a través de lo impensable. No son sólo las referentes a cambios de situaciones políticas, o a charlatanes que aparecen en cualquier entorno ofreciendo soluciones infalibles para cualquier problema, o a extraños desenlaces de sucesos en principio normales. Son también las que se refieren a temas que, hasta hace muy poco, entraban únicamente en las secciones especializadas de los diarios y apenas eran noticia para la gran mayoría de los lectores. Me refiero a las que hacen referencia a la situación de muchas de nuestras empresas.

¿Cómo se ha podido pasar de tener un conjunto de industrias más o menos rentables, a estar muchas de ellas en suspensión de pagos? ¿Cómo, en apenas un año, situaciones que parecían estables, se han diluido totalmente?

Lo que estamos viendo se había oído vaticinar hace ya bastantes años. Creo que, incluso, lo he llegado a leer en diferentes lugares. ¿Qué se ha hecho mal en estos últimos años?

Resulta fácil hacer hoy conjeturas sobre qué habría sucedido si se hubieran adoptado otras estrategias o planteamientos, hace ahora algo más de un lustro. Lo más aconsejable es tomar lecciones del pasado y no repetir errores. Ver en qué se ha podido fallar y no volver a repetirlo.

Pero la dificultad estriba en que muchos no acaban de convencerse de un hecho bastante simple: saber reconocer que una empresa no es algo que tenga que dar beneficios siempre. Que es preciso —en muchas ocasiones— invertir directamente en ella gran parte de lo que se obtiene y dedicar los beneficios a

otras cosas diferentes a las habituales de una simple cuenta de ganancias. De esto, algunas de las industrias que hoy se encuentran en una situación no tan crítica, se habían dado cuenta hace ya algunos años.

Con lo anterior no quiero decir que no se deban conseguir beneficios. El objetivo de una empresa es producir los mayores beneficios posibles para todos. Si éstos son continuos, tanto mejor. Pero, al mismo tiempo, debe imponerse también la idea de que la voluntad de cualquier empresa es la de perdurar el mayor número de años posible. Si no existe la preocupación por el futuro, difícilmente se pasará del hoy. El pasado-mañana es tan importante como el simple mañana.

Eso es lo que está pasando hoy. Se ha buscado la rentabilidad inmediata y se ha olvidado que la velocidad de los hechos es ahora mucho mayor que hace una década. Que las situaciones están cambiando vertiginosamente y que, como en las carreras de coches, si la posición en la parrilla de salida es mala, jamás se ganará.

Decía antes que lo que estamos ahora es viendo caer a muchas empresas. Pero lo que difícilmente veremos caer será a muchos de los que originaron parte de esas caídas. Y no les veremos porque, en su mayoría, se han retirado antes optando por otros caminos más seguros, en los que el provecho era más inmediato.

La sociedad aclama hoy a los grandes hombres que, en menos de un lustro, han escalado las más altas cotas de beneficios. Pero la sociedad en cambio olvida a los que durante años han hecho todo lo que ha estado en sus manos para mantener una pequeña o mediana empresa.

La sociedad mira como ído-

los a los que, sólo comprando y vendiendo, y sin crear apenas nada, se encuentran hoy entre los poseedores de las mayores fortunas. Pero la sociedad se desprecupa al mismo tiempo de todos esos que, invirtiendo hasta la última peseta de su patrimonio familiar, han llegado a crear entornos en los que trabajan docenas de obreros. Estos últimos jamás serán el modelo de nadie. Pero sí lo son, en cambio, los anteriores.

La década de los ochenta vio florecer en nuestro país a todo un conjunto de personajes que se decían empresarios y cuyo único objetivo era vender cualquier cosa y a quien se pusiera por delante. Importaba poco el producto que tenían entre manos.

Algunos, con más intuición que conocimiento, se introdujeron en sectores de rápido crecimiento y aumentaron en órdenes de magnitud sus ganancias. Creyeron que aquello se mantendría por siempre. En un afán de proclamar a los cuatro vientos se aparenta esplendor, depositaron en fachadas y en oropeles parte de lo que deberían haber invertido en construircimientos. La tecnología necesaria para seguir progresando quedaba en un segundo plano. En cuanto soplaron los primeros vientos desfavorables todo el montaje voló por los aires. Y lo malo no es que ellos volaran, sino que también lo hicieron el conjunto de personas que trabajan en esas empresas, las personas quizá con menor cualificación técnica. Ése ha sido el problema de nuestro próximo pasado: la falta de verdadero sentido profesional del terreno en el que se está metido y la ausencia de contacto con la realidad.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.